

861

F.



ACADEMIA DE LA LENGUA MEXICANA

PQ 6541

A 3

1903

Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

LA DERROTA DE LOS PEDANTES

Esta obra no necesita prólogo, por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponerseas.

Estábase Apolo durmiendo la siesta á más y mejor en un mullido catre de pluma; un mosquitero verde le defendía de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; el palacio en profundo silencio, y el dios bien comido, mejor bebido y nada cuidadoso. Roncaba, pues, su reluciente majestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se había quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Plutón, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecía hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio, dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talares, porque madama Terpsicore, la más juguetona y revoltosa de todas las nueve, había ido

31942

poco antes á la cama pasito á pasito, y se los había quitado por hacerle rabiar. Afigióse sobremanera, y á tientas se puso los greñescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no pueda dormir en verano, si no depona todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujón de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ereilla conducían á Clío desmayada y casi moribunda, el peinado desecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo; qué es esto? — ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venía haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuets; ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las musas cuál mas cuál menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos más. — ¿Pero no sabremos... — No hay mas que saber, añadió Ereilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro. — ¡Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo día me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite, por más

que mi hermano me molía á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y más me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe; no, si yo no fuera tanto, no me sucedería esto. ¡Majadero de mí, que podría estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrestra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi fortuna!»

Esto decía Mercurio, lleno de indignación; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clío, y otros buscaban á Esculapio, que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrían desatinados, de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba, roncaba todavía como un provinciano.

Dióle un pellizeco, y otro, y otro, y ni por esas podía despertarle; de manera, que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el Sr. Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturrido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia, que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces hermano? le decían á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegón para que montes en él y

escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que, á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitrán y ruedas de molino, ataje, si puede, nuestra desgracia. ¡Ay! y dirásle que no se descuide, que no es ésta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer jigote, sino un ejército el más formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

— Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. — Ay, hijo mío, ¿descalabrado estás? dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? — No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedición? — No son esos, replicó Polimnia, ni cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleteros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traducción galicada, tanto compendio superficial, tantos versucillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay co-

nocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ajeno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demás. Otros, y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes; que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de más defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; éstos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y éstos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nación que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el común quebranto, cuando la muerte arrebató al más piadoso de sus reyes, para levantar sobre el tro-

no español al más grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?... ¡Miserable! Corre, y verás por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre».

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecía por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque según su número no parecían otra cosa) se combatían furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella, y el otro, que ocupaba todo el portalón y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendían. El ejército amigo se componía de las guardias y dependientes del palacio y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clío estaban ya á componer, acompañadas de varias niñas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatían en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era

una turba confusa de diversas gentes que había unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que tenían verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con más ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron éstas para el dios de los tabardillos: tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichón que llevaba en la frente, tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos. «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardan; los enemigos se aumentan sucesiva-

mente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

— ¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? — Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera, pónelos á prisa, que para escaparte son que ni pintados. — ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en euclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escares alijeros: ¿yo escapar? no en mis días; ahora sí, escapar: dejadme á mí, y veréis quién es Calleja».

Dicho esto, se disparó por los aires adelante como un cohete, y encaramándose á las bobedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes: «¡Ah de abajo! decía, ¿qué tremolina es ésta? ¿Qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algún bodegón? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algún tanto la pelea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbación que su presencia les había causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quiere que dejéis las armas por una y otra parte; y á vosotros, quien quiera que seáis, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretensión tuviereis, me la digáis al instante sin andaros en ambages ni tranquilas; que

como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses».

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos, recogiendo algunos heridos, se hicieron un pelotón. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no había entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podía lograrse de bien á bien con aquella gente voceadora y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á la mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya unión en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitáis, he pillado á éste para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habéis querido decir; pero entretanto que le lleve y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalón de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la línea de estos arcos;

nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razón, y cuenta con ella; porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegáis á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buídos, y todos ellos sin estrenar. Esto decía el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque, según se supo después, no había en toda la casa más instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillán que había pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba ganir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchón sucio que había servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgóse la del dedo meñique, y en un santiamén buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificación y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni más ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio; tratóse de lo que en el caso convenía, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda cere-

monia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traído, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier exceso; y en fin, que mientras durase la grave escoca, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caía al portalón, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro había compuesto dos ovilletes, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prisión como pudiera el mismo Macías.

«¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es éste el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida,

que el tal improvisante debe de tener manejo y vena».

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño: «Salga acá afuera, señor galán, salga acá fuera, que ya he llegado á entender su habilidad; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

— ¡Oh favor! exclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistía, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta, sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenía en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podía contener la risa.

«¡Qué, es posible, decía arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, qué, es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! Pero, ¿es cierto, soberano Alpede, es verdad ó ilusión dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó extravió de la imaginación férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada caligine... — No es caligine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habéis dicho, replicó Mercurio; mi hermano os

quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que tratéis de no hablarle en culto, ni le juguéis del vocablo, ni le digáis quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcón y le obedecerán al punto.

— ¿Qué decís, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá haber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. — Si es posible ó no, añadió Mercurio, veréislo después, y vuelvo á avisaros que si no dejáis esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar muy mal, señor repentista. — *Sileo libenter*, dijo el poeta, y en éstas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio, y vió que aun no había venido Apolo; y no hallando á quién poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetía tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

«¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá que un hombre como

yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mecenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? ¿Liganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratónados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo; esto es: *pauperiem* la pobreza, *pati* sea para ti, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones más doctos es abominada. ¿Y qué obras son éstas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de primera entrada veinte y tres comedias, nueve fajas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegíaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevención, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se pue-

de reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad salietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prisión, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchueos que me cubrían? Pero, ¿qué sonetos! ¿qué madrigales! ¿qué romances! ¿qué estrambotes! ¿qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demás la Naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nise! ¡ay, idolatrada señora mía! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesión según consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi colección manuscrita), ésta es la que encendió mi número tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendría diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que, como llevo dicho, vulneró mi corazón en los adolescentes años, he llorado desvíos, he mani-

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA DE MONTERREY

"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

festado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolución de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si queréis la prueba: unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamación de nuestro soberano; dicen así ni más ni menos: *favete linguis*:

El día diez y siete del corriente,
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.

Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo;
De manera que cosa más lucida
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.

Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los más con bordadura, y los restantes
A cada cual mejor (si no me engaño).

Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Según estaba ya determinado.

Y al llegar á la puerta...

— Basta, basta, dijo Mercurio; no me recibís más versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demás no serán mejores; callad, por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

— Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composición pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor!* ni sé cuándo me verá con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo, sin haber almorzado todavía! ¡yo, debiendo cincuenta reales al padre procurador del Carmen por los alquileres de mi desván! ¡yo, que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sánchez de Matrimonio!* ¡yo, que he escrito un cursocompleto de artes y ciencias que puede iren carta! ¡yo, que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el ceco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombrón erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfión armónico? Sí, señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué sería ¡oh Cilenio raudol si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo... — El mismo infierno con todas sus furias desatadas debéis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio; ¿qué es esto? ¿no os he dicho ya que calléis? ¿os estaréis hablando hasta mañana, parlanchín ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoséis los labios para decirme

una sola palabra, os desuello vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedantón, y qué insolente!

— *Parce domine*, respondió el copleto; y no bien había abierto la boca para decirlo, cuando el Alipede alzó el puño en ademán de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron, pues, en un salón magnífico y espacioso; el pavimento y las paredes eran de exquisitos mármoles, la decoración corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como también los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficción.

Allí se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano: muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplación de los objetos más sublimes. En una parte se veía á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió después á materias más durables, variando, según la mayor ó menor consistencia de ellas, la proporción de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando los campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde

tomó su origen la pintura, perfeccionándose después lentamente con la invención casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un río fiados en un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demás astros que la distancia nos amena ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y más allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y broncees tan elegante forma, que en algún modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solón, Licurgo y Numa establecían leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á más distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el poeta Homero, á quien rodeaban con admiración los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro, al son de la lira, celebraba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las

cuerdas griegas, hacía aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Léucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreón de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las academias, el liceo y el pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió después para obscurecer la gloria de cuantos le habían precedido. En otra parte, Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruído, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá, Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovía al pueblo atenien-se; le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Mileciades, Conon, Cimon y el justo Aristides; y oponiéndose, por una parte, á todo el poder de Filipo, y por otra, á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un

vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su país, y perecía con ella.

En el testero del salón había un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio; y los más célebres poetas españoles, según la edad en que florecieron, así ocupaban por su orden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demás al ver su figura ridícula, porque era el hombre la más triste visión que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad, que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrían el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raídas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arameles por las orillas á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran más vivos de lo que su edad prometía, la acción teatral, y la voz gangosa, chillona y desaparecible.

«Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba; él te dirá lo que deseas saber»; y acercándose á él, le dijo al oído: «Mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en

mas repulgos; porque si así no lo hicierais, témome mucho que mi hermano os manda freir y echar á los perros, según le he visto de mal humor esta tarde»; y habiendo dicho esto, se fué yolando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, lo hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

«Reverberante Numen, que del Istro
Al Marañón sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulceisono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:

Si la aligera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Armónica pasión, ¡ay! no te aturda
Ver rompo de tu timpano el teristro.

La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro,

Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro».

Reventaba Apolo entre la indignación y la risa; las musas se tendían por los suelos dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban los unos á los otros sin saber lo que les sucedía; y el badulaque, muy satisfecho, se disponía á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja, que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declamáis versos tenebrosos; lo

que únicamente quiere es... — ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere, es otro soneto con los mismos consonantes; pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda
Rauca mi lira atiende tosea y burda,
Simil no mucho á resonante sistro.

Que si tal vez alado el de Caistro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz rompiendo el diáfano teristro,

No ya disímil yo, si el indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,

Métricos mucho al eminente claustro
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!
Que el cenit giras en ebúrneo plaustro.

— «¡Hola, ministros! dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádele á Plutón con un recado mío, para que se le entregue á los genios tartáreos, y le atormenten con los suplicios más atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo; no quiero verle».

Esto decía el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograrse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algún tanto habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volvería á decir más versos, sino que en prosa llana y pedestre relataría cuanto era menester; y él, mientras esto sucedía, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan y los administradores que desuelan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una canción estigia que pensaba recitar á Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la más jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y D. Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debía hacer para no incurrir en la indignación de Apolo.

«Haré cuanto me decís, respondió después de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narración un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titán radiante, prodigio delfico, deidad esmíntea, el suceso es este:

«Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguán, somos alumnos vuestros; la divina Poesía fué nuestra delicia desde los años infantiles; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vues-

tra sacra inspiración; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

»¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composición? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

»Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupación, y que, altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Dixit Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

»Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cuál debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? ¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios, aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo; así, pues, siendo poetas, debemos poetizar, y no otra cosa; debemos ilustrar á la

nación, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

»Pero esta nación ingrata ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros, procurando su felicidad y su gloria, la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido, según la hemos visto decadente y mal parada.

»Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego), cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo envió á la patria prosperidades ó desdichas.

»Se ajustó la paz, coplas á la paz; nacen los gemelos, coplas á los gemelos; nace nuestro príncipe Fernando, coplas á D Fernando; se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas: en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

»Pero ¡con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felices invenciones las nuestras! ¡oh qué felices! ¡Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esau! ¡Oh Rómulo y Remo! ¡con qué oportunidad la providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á me-

llizos, haciendo saber al mundo que nuestra princesa había dado á luz un Esau brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es más lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Elena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

»Y qué diré del sutil arbitrio que discernimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí y trazas llevan de no soltarle hasta la consumación de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio, con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues a todos viene como llovido: ¿se trata, por ejemplo, de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene más que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trago, una ninfa, ó cualquiera otro personaje alegórico con gran concurso de geniezuelos alrededor, y éste tal personaje reprende al vate su módorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente, y que escriba esto y aquéllo, y lo de más allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pío, y acabarse el poema, todo es á un tiem-

po. Sobre este molde de aparición hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas, con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la visión acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del río, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficción el mismo, siempre es mérito igual y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

»¿Y el estilo? ¿y la versificación? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillo más diminuto y vil á las octavas más retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables, que darán fama inmortal á las recalciantes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupción de coplas, con este chorrorborro perenne de versos hemos llevado al más alto punto de perfección el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los más célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

»Así nos lo persuadíamos; con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria: *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

»Pero ¿qué sucedió? ¡Oh iniquidad! ¡oh livor! ¡oh influjo adverso! ¿Qué sucedió?

Que así como el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que así como el murciélago torpe, que busca las tinieblas pavorosas del angosto meñinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril, asiéndole una de sus aurículas, le extrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan el orbe, forceja y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponía la opacidad de su insipiciencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo más cruel.

»Este fué el galardón, ésta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: después de habernos recocido los sesos en amontonar erudición gentilica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrosa ocupación ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo, que nos hallaba en vela todas las noches: *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

»Pero, como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos

los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio más inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y corrección, que algunos invidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan económicos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extraer, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nación gran cantidad de epigramas, dichicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustración pública. ¡Oh, cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡Oh, qué traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el más pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo, de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto sólo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente: bien es

verdad que, según él está arreglado, parece que se hizo expreso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡oh! nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesión!

»¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculación, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros; sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué, así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué, siendo tan desafortadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¿Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y estremece y horripila.

»Ya en algún modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuán pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigiliás, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asimus asinum fricat*, que quiere decir, el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho días: el público